

CAPÍTULO XXI.

Continúan los imperialistas defendiendo la capital.—Se hace creer á la guarnición que pronto será auxiliada por Maximiliano.—Se manifiesta que no es cierto lo que se decía en la obra del príncipe de Salm Salm respecto de las inculpaciones que dirigen al general mejicano Noriega.—Se hace ver que no es cierto que únicamente á los austriacos se debió el que la plaza de Méjico no fuese entregada á los sitiadores.—Muerte del capitán de húsares Oscar Shadtler.—Llega á la capital, con mil peligros, el general imperialista Ramirez Arellano.—Se anuncia oficialmente en la plaza de Méjico que va en auxilio de ella el emperador.—Se hace ver que eran injustas las acusaciones del baron Lago contra el general don Leonardo Marquez respecto á Maximiliano.—Se presentan los motivos que obligaban á Marquez á seguir defendiendo la capital á pesar de hallarse prisionero Maximiliano.—Escribe el baron de Lago á los jefes austriacos ordenándoles que no ayuden á Marquez en la defensa de la ciudad.—Se manifiesta que el baron de Lago no tenía facultad para exigir que dejasen de combatir los austriacos, ni estos derechos para separarse de la obediencia del jefe mejicano.—Una carta del presbítero Aguirre á D. Leonardo Marquez diciéndole que el emperador siempre se habia manifestado satisfecho de su conducta.—Convenio celebrado entre el baron de Lago y el general sitiador para que los austriacos no sigan defendiendo la capital.—Se recibe en Méjico la noticia del fusilamiento de Maximiliano.—Entrega Marquez el mando de la plaza al general Tabera.—Capitulacion de la guarnicion imperialista.—Se ocultan Marquez, Vidaurri, O'Horan, Ramirez Arellano y Lacunza.—Toman posesión de la capital las tropas republicanas guardando el mayor orden.—Varias disposiciones del general republicano D. Porfirio Diaz.—Da un decreto el general Diaz ordenando que todos los que hubiesen desempeñado algun empleo ó comision sirviendo al imperio se presenten en la prefectura política, so pena de ser pasado por las armas el que no lo hiciere en el término de veinticuatro horas.—Toman posesion de Veracruz las fuerzas republicanas.—Vidaurri que estaba oculto en la capital, es aprehendido y fusilado.—Entra el presidente D. Benito Juarez en la capital.—Son sentenciados á muerte varios generales imperialistas que estaban en Querétaro, pero se alcanza su indulto.—Es aprehendido el general O'Horan en la hacienda de San Nicolás.—Es aprehendido en un buque mercante el general Santa-Anna en Sisal y enviado preso á Veracruz para que se le juzgue.—Se reune el consejo de guerra para juzgar al general O'Horan.—Es sentenciado á muerte el general O'Horan.—Son inútiles las súplicas elevadas á D. Benito Juarez para salvarle.—Varias cartas escritas por el general O'Horan á sus amigos pocas horas antes de marchar á la muerte.—Manifiesto del general O'Horan á sus conciudadanos.—Pormenores del fusilamiento del general O'Ho-

ran.—Llega á Méjico el cadáver del general Miramon y es enterrado en el panteon de San Fernando.—Marcha la viuda de Miramon con sus hijos á Viena.—Logra salir de la capital y del país D. José María Lacunza, así como el general Arellano.—Llega el almirante austriaco Tegethoff á Méjico para conducir á Austria el cadáver de Maximiliano.—Salen presos para la fortaleza de Perate, los jefes imperialistas que habian estado en los ex-conventos de Regina y Santa Brígida.—Sentencia que recayó sobre los presos políticos que estaban en la Enseñanza.—Condena el consejo de guerra al general Santa-Anna á ocho años de destierro fuera del país.—Ocurso dirigido al presidente D. Benito Juarez por el abogado D. Antonio del Moral, prefecto político de Michoacan durante el imperio.—Es entregado el cadáver de Maximiliano al almirante Tegethoff, conducido á Veracruz y luego á Viena.—Se inicia en la cámara el proyecto de amnistía.—Hablan contra la amnistía los redactores de *El Siglo XIX*.—Se manifiesta en favor de la amnistía el periódico *La Orquesta*, redactado por el general D. Vicente Riva Palacio.—Razonada carta dirigida por el abogado D. Antonio del Moral á D. Francisco Zarco, redactor en jefe de *El Siglo XIX*.—Estado de penuria á que quedaban reducidas en Méjico las familias de los empleados y militares en la caída del gobierno á que pertenecian.—Logra el general Marquez salir de Méjico y marchar á país extranjero burlando la vigilancia de la policía.—Brillantes resultados que le esperan á Méjico de la unión de todos sus hijos.—Que el empeño de los gobiernos de Méjico debe dirigirse á conseguir la unión de los mejicanos.—Que la conducta observada por los Estados Unidos, Inglaterra y Francia con Méjico, debe servir de leccion á los mejicanos para unirse estrechamente.—Calumnias vertidas por el abate Domenech y otros escritores extranjeros contra la sociedad mejicana.—El autor de esta obra manifiesta los errores cometidos por el abate Domenech y otros escritores extranjeros respecto de Méjico.

1867.

De Junio á Diciembre inclusive.

1867. Mientras en Querétaro se habían verificado los acontecimientos que dejo referidos, la guarnicion imperialista de Méjico continuaba defendiéndose tenazmente del ejército sitiador.

Aunque la poblacion y la tropa habian visto salir á los abogados defensores del emperador, así como á los representantes extranjeros, se les hizo creer que los avisos recibidos habian sido creacion de los sitiadores

para sembrar el desaliento en la plaza, y ver si con ese ardid lograban apoderarse de ella.

Los periódicos imperialistas de la capital que realmente creían que la toma de Querétaro y la prision del emperador no eran más que ficciones para esparcir el desaliento en las tropas de la guarnicion, agotaban toda su lógica para presentar razones que demostrasen la imposibilidad de lo que aseguraban las fuerzas liberales. Afirmaban esos periódicos, que léjos de haber caido prisioneros el emperador y su ejército, se hallaban triunfantes, y que pronto saldrían de Querétaro en auxilio de Méjico.

No había un solo individuo en la capital, de los que pertenecían al partido imperialista, que no estuviese firmemente persuadido de lo mismo que afirmaba la prensa. Todos los días se reunía un número considerable de personas en los jardines de la Plaza de Armas que, formando diversos grupos, se comunicaban las noticias más lisonjeras, y exponían las razones que, en concepto de ellas, patentizaban que las noticias dadas por los sitiadores eran un ardid de guerra para vencer el esfuerzo de los sitiados.

El ejército sitiador entretanto iba aumentando sus trabajos de sitio y estrechando notablemente este. Sin embargo, ningun ataque sério se había atrevido hasta entonces á dar á la plaza, que el general imperialista don Leonardo Marquez había conseguido poner con su infatigable actividad, en un estado de defensa verda-

1867. deramente imponente, levantando por todas
Junio. partes obras de fortificacion, aumentando considerablemente la artillería de las líneas, y prepa-

rando cuanto era necesario para resistir un asalto, por riguroso que fuese.

El general sitiador D. Porfirio Diaz, considerando que si le era contrario el éxito de un asalto, podrían los sitiadores, aprovechando los momentos de confusion romper el sitio y emprender su retirada á Veracruz, que aún estaba en poder de tropas del imperio, difería el ataque para ocasion oportuna.

En la obra publicada por el príncipe D. Félix de Salm Salm, en la parte relativa al sitio de Méjico, cuyos datos se presentan como de *Un testigo ocular*, se atribuye la dificultad que encontraban los sitiadores en apoderarse de la capital, únicamente á las fuerzas austriacas que formaban una cuarta parte de la guarnicion, esto es, á mil trescientos soldados extrangeros, y de ninguna manera á las disposiciones tomadas por los jefes mejicanos ni al valor de sus tropas. Las apreciaciones del príncipe de Salm Salm, en este punto, ó del testigo ocular que le proporcionó los apuntes, son de todo punto opuestas á la realidad de los hechos. En ellas se infieren graves ofensas á los militares mejicanos, que ciertamente son injustas. En esas apreciaciones se dice que D. Porfirio Diaz se encontraba frente á Méjico; pero que «no había allí puerta ó garita que comprar como en Puebla; que en cada una »estaba un valiente austriaco, y que los Noriegas no se »propagan ni en las orillas del Danubio, ni en las llanuras de Flandes, ni en los campos de Francia. Numerosos destacamentos de caballería ocupaban toda »la noche las calles principales de Méjico, y Porfirio »Diaz no podía ménos de decirse á sí mismo, que le

»era imposible tomar á Méjico por la fuerza, puesto
»que estaba defendido por mil extranjeros.»

1867.

Junio.

Es ciertamente sensible que hombres que se suelen mostrar altamente celosos de su honra, arrojen con la mayor facilidad palabras que pueden manchar la de otras personas, sin tener dato alguno seguro, sin contar para ello mas que con suposiciones creadas por su desconfianza en todos. Nada más injusto que asentar, como se hace en el párrafo que he copiado, que el general D. Manuel Noriega vendió la plaza de Puebla. La honradez del expresado general era conocida de cuantos le trataron, y en la defensa de la ciudad que le fué confiada, cumplió lealmente con los deberes de un pundonoroso militar, rindiéndose cuando ya era imposible resistir por más tiempo. El general D. Manuel Noriega, relacionado con lo más selecto de la sociedad mejicana, jamás llegó á mancharse en su larga carrera militar con ningun acto indigno, y mucho ménos con una falta de la magnitud supuesta en la obra del príncipe de Salm Salm. En cuanto al aserto de que *en cada puerta estaba un valiente oficial austriaco* para que no fuese vendida al general sitiador, no puede haber sido escrito sinó por el ningun conocimiento que como extranjero tenía de la honradez, pundonor y elevadas cualidades de los jefes mejicanos, á quienes se había encomendado por el lugarteniente D. Leonardo Marquez la defensa de todos los puntos importantes. Esas puertas de la ciudad á la vez que la línea de ellas estaban á cargo de incorruptibles generales y jefes mejicanos entre los cuales recuerdo los nombres de D. Manuel Diaz de la Vega,

Tovar, y el valiente coronel D. Luis Arrieta. En varias de esas puertas á donde muchas veces fuí durante el sitio de Méjico para ver lo que pasaba, á fin de escribir con la mayor exactitud posible la historia, no ví nunca ningun oficial austriaco, ni era posible que estuvieran en todas partes, cuando la fuerza austriaca apenas bastaba para ayudar á cubrir algunos puntos. En la puerta ó *garita* del Niño Perdido era donde había una corta fuerza extranjera que formaba parte de la guarnicion de aquel punto, otra en la de Belen y algunas más en diversos fuertes. No fué, sin embargo, la conducta de algunos de esos extranjeros la que más podía presentarse como ejemplo de que la deslealtad «*no se propaga ni en el Danubio, ni en las llanuras de Flandes, ni en los campos de la Francia.*» Leales, muy honrados, muy dignos son los hombres que han nacido en esos puntos; pero esto no quiere decir que en esos países, lo mismo que en todos los del mundo, no se encuentren, por desgracia, hombres de sentimientos poco generosos. Precisamente en el sitio de Méjico, cuando los mejicanos imperialistas estaban dando señaladas pruebas de lealtad á la causa que defendían, algunos oficiales extranjeros, excepcion de los honrados militares á cuyo país pertenecían, fueron reducidos á prision por hallarse en relaciones con los jefes sitiadores, y sujetos á un consejo de guerra. Los individuos acusados fueron Dives, capitán de contraguerrilla, el teniente Bourlon, y los subtenientes Caret y Certain. La acusacion que sobre ellos pesaba, era la de haber querido entregar á los sitiados el fuerte del Niño Perdido, de cuya guarnicion formaban parte.

También el teniente coronel Chainett que con su contraguerrilla formaba parte de las fuerzas que guarnecían la puerta ó garita de Belen, envió á un sargento de los suyos al campamento sitiador, para que dijese al jefe republicano situado en la Piedad, «que si quería entrar á Méjico por aquel punto, podía contar con que su tropa no haría fuego á la suya (1).»

Tampoco pueden presentarse como modelos de lealtad al emperador Maximiliano no pocos austriacos que habiendo sido hechos prisioneros en Miahuatlan y la Carbonera, tomaron parte contra el imperio, combatiendo en las filas del general republicano D. Porfirio Diaz, en Puebla, San Lorenzo y Méjico.

Ni aun en lo que asienta asegurando que *numerosos destacamentos de caballería (austriaca) ocupaban toda la noche las principales calles de Méjico*, ni aun en esto repito, hay exactitud. Ningun destacamento de caballería austriaca se situó jamás, de noche, durante el sitio, en ninguna calle principal. Varios amigos,

1867. ajenos á la carrera de las armas todos, ^{Junio.} teníamos la costumbre de pasear desde las nueve de la noche á las doce, en los jardines de la Plaza de Armas, así como en las calles de Plateros, San Francisco, el Refugio, Tacuba y Flamencos, que son de las más céntricas y principales, y nunca vimos si-

(1) Opúsculo escrito por el coronel de artillería D. Ignacio de la Peza y el teniente coronel D. Agustín Pradillo, refutando las *Memorias* del príncipe D. Félix de Salm Salm.

tuado destacamento ninguno en ellas. Lo que la caballería austriaca hacía era andar de patrulla, alternando el servicio con la caballería mejicana de la frontera que mandaba el coronel D. Julian Quiroga. Estas patrullas las veíamos pasar, todas las noches, á eso de las once y media, por la plaza de Armas, dirigiéndose la austriaca á su cuartel, situado en la calle llamada Parque de la Moneda, para descansar algunas horas y volver á salir. Respecto á la asercion de que el general *Porfirio Diaz no podía ménos de decirse á sí mismo que le era imposible tomar á Méjico por la fuerza, puesto que estaba defendido por mil extrangeros*, no creo que haya militar ninguno que lo crea admisible. Por valiente y buena que fuese esa tropa austriaca, que realmente lo era, no hubiera sido posible que mil hombres hubiesen resistido, por sí solos, el empuje de las numerosas tropas republicanas que sitiaban la capital, ni mucho menos que se persuadiera D. Porfirio Diaz que le era imposible tomar la plaza por la fuerza, por la circunstancia de haber mil extrangeros que la defendían. El general sitiador no se decidió á dar un ataque serio á la plaza, sinó por el estado formidable de defensa en que la había puesto D. Leonardo Marquez, construyendo obras de fortificacion bien dirigidas que la hicieron inaccesible por todas partes, y porque aunque contaba con mucha gente, una gran parte de ella no era disciplinada. Que no le había detenido jamás el temor de los mil austriacos está patente en un parte telegráfico que decía así:

«C. General Escobedo. Necesito que mande V. dos brigadas de infantería, con fuerzas útiles para un asalto. —*P. Diaz.*» Si pues no había dado un récio ataque,

no había sido porque juzgase imposible tomar la ciudad porque había mil austriacos en ella, ^{1867.} _{Junio.} sinó porque su deseo era darlo con gente disciplinada. Algunos meses despues de los sucesos, me dijo á mí el mismo general D. Porfirio Diaz, que no quiso dar el asalto con tropas irregulares, por no exponer á los habitantes á ser víctimas de los excesos que pudieran cometer por su falta de subordinacion. Por eso, como dejo referido, pidió al general Escobedo el 5 de Junio las dos brigadas de infantería arregladas para dar un ataque sério á la ciudad. El general Escobedo puso en conocimiento del gobierno la peticion que se le hacía, y por órden del presidente D. Benito Juarez contestó el ministro de la guerra D. Ignacio Mejía que, «por entonces, no podía ir ninguna de las fuerzas que estaban en Querétaro, porque era preciso que permanecieran allí.»

En consecuencia de esta contestacion el general sitiador tuvo que renunciar á su proyecto de asalto, y se concretó á estrechar de una manera terrible el sitio; pero sin dejar por esto de lanzar sobre las fortificaciones imperialistas un número considerable de proyectiles sólidos y huecos, y simulando ataques sobre la plaza para fatigar á sus defensores.

Entre tanto, la escasez de víveres había llegado á un extremo terrible en la ciudad. No existía ni un solo grano de trigo en toda ella; el maíz se vendía á noventa y seis duros el tercio, no pudiéndolo comprar, en consecuencia, más que la gente rica, y las habichuelas, llamadas allí frijol, casi se habían agotado. En la gente pobre reinaba el hambre; y gracias á los desvelos y

ardiente celo de las hermanas de la caridad en buscar por todas partes semillas para la clase más infeliz, encontraron alimento en el Hospicio que tenían á su cuidado, más de dos mil personas, además de las que tenía bajo su cargo el establecimiento.

La tropa fatigada, aunque no carecía de un rancho regular, no estaba con exactitud pagada, pues la dificultad que había de sacar dinero de los particulares sobre quienes habían pesado gravosos préstamos forzozos, las había dejado casi en la imposibilidad de dar nuevas sumas. Las tropas extranjeras eran las más atendidas respecto á la paga, á fin de que no tuviesen motivo de disgusto y de queja. Sufre por lo mismo un error el príncipe de Salm Salm, ó el *testigo ocular* que aparece en su obra, al decir que en premio á la lealtad que los austriacos mostraron continuando «sus artilleros é infantes de guardia día y noche en las trincheras, y la caballería rondando todas las noches por las largas calles de la capital, los oficiales llevaban las botas hechas pedazos y por comida tomaban una taza de chocolate, despues de haber tomado por almuerzo una de café, mientras los generales mejicanos imponían fuertes contribuciones que convertían en oro.»

Que las tropas austriacas eran atendidas en su paga, consta en los documentos en que se expresa las cantidades que se les ministró durante el primer semestre de 1867. Precisamente el mes de Junio, en que los medios de conseguir dinero eran más difíciles, recibieron las fuerzas austriacas durante los primeros diez y nueve días del expresado mes, cuarenta y un mil ochocientos diez y nueve duros, noventa y cinco centa-

vos. (§ 41,819.—95.) Voy á presentar la manera con que se distribuyó esa cantidad.

Artillería.	\$ 1,658 32
18.º Batallon de línea.	8,848 40
Cuerpo de Húsares	13,859 73
Cuerpo de Cazadores.	6,612 61
Gendarmería.	10,840 89

Ya se ve, por lo expuesto, que los oficiales austriacos no tenían motivo para llevar las botas hechas pedazos, ni comer peor que los oficiales mejicanos, y que el aserto del príncipe de Salm Salm ha sido debido á un informe poco exacto. Yo veía casi todos los días pasar por las calles á esos oficiales austriacos, y puedo asegurar que su calzado era bueno y decente, como correspondía á militares de fina educacion que no carecían de la correspondiente paga.

Aunque en los fuertes se escuchaba de vez en cuando el estampido del cañon contestando al de los sitiadores, en la ciudad transitaba tranquilamente la gente por la calle, y el paseo de la Alameda se hallaba los domingos lleno de personas de ambos sexos que concurrían á escuchar las más escogidas piezas de Bellini, Rossini, Donizetti y Verdi, ejecutadas por una banda de música militar que se colocaba en un alto tablado, junto á la fuente principal. Ya hacía

1867. dos meses que se había puesto sitio á la
Junio. plaza, y aún continuaba asistiendo una numerosa concurrencia al paseo mencionado. Hablando de la que asistió el domingo 9 de Junio á gozar de las dulces melodías de los compositores italianos y de la vista de

los floríferos jardines, decía el periódico *La Iberia* correspondiente al día 11 del mismo mes lo siguiente: «La Alameda estuvo muy concurrida el domingo por »la tarde; parecía tiempo de paz. Las señoras lucían »sus galas sin acordarse del sitio; la tribuna de los músicos estaba rodeada de gente. Lo único que echamos »ménos, fueron los expendedores de bizcochos que no »asediaban como antes á los que paseaban; advertimos »la novedad de vender *gordas* de maiz á un precio »bastante caro; á *falta de pan*, dice el refran, *buenas »son tortas*. La música llenó su programa, y agradó »la composicion del Sr. Arnolfo de Thier»

Ya se deja comprender por esa disposicion de la sociedad en concurrir á los paseos, que las familias imperialistas estaban firmemente persuadidas de que el emperador, lejos de hallarse prisionero, se disponía á marchar en auxilio de la capital, y que esperaban su llegada en muy breve plazo. Esta creencia era firme en todos los habitantes adictos al imperio, y el *Boletín del Pájaro Verde*, correspondiente al día 12 de Junio, decía: «Ayer en la mañana se repitieron con más crédito que los días anteriores, las noticias relativas á la »próxima llegada de Su Majestad. Además de las relaciones verbales que corrían de boca en boca, el *Boletín* publicó lo siguiente: Personas caracterizadas y »que tienen los mejores informes, aseguran que no pasarán seis días sin que llegue á la capital Su Majestad con su valiente ejército.»

La circunstancia de no emprender los sitiadores un asalto sobre la ciudad, contribuía á que la parte imperialista de la poblacion se afirmase en la expresada creencia.